



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 31.

JUEVES 29 DE SETIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

A LA LUZ DE MI QUINQUE: Escentricidades: el Recuerdo, por Manuel Valcarcel.—LOS AMORES DE UN PINTOR. (Continuacion), por Francisco de Paula Entrala.—LAS APARICIONES: (Páginas de mi diario), por Aureliano Ruiz.—AL SIGLO XIX: Filipica, por Pedro F. Reymundo.—ENRIQUE IV.—BIOGRAFIA DEL PROFESOR JOSE PICCO.—¡HASTIO! poesia, por Aureliano Ruiz.—BIBLIOGRAFIA.—EPIGRAMA.

Á LA LUZ DE MI QUINQUE.

ESCENTRICIDADES.

EL RECUERDO.

Si las sombras de la negra noche del olvido fueran eternas, envolveria en ellas mi corazon y mi pensamiento. Cansado el primero de sentir, desengañado el segundo de la loca vanidad de sus sueños de gloria, buscarian en brazos del presente indiferentismo las dulzuras de una felicidad tan querida como vanamente deseada, pero recuerdo... recuerdo sin cesar y ¿quién puede hallar tranquilo reposo cuando las multiplicadas imágenes del recuerdo deslumbran su vista y absorben su imaginacion?

Lector, el recuerdo es la huella de la existencia, el satélite de la humanidad.

Susceptible de toda forma, imitador de toda voz, se hace ver y oir involuntariamente.

Nace con el hombre, crece con él y haciéndose dueño de su corazon se adapta á todas sus afecciones, se confunde con el hombre de tal manera, que en el momento de espirar es el hombre mismo.

Por eso he creído muchas veces que el recuerdo era un ser.

Un ser fantástico, ligero, sutil, que nos sigue por do quiera, que alumbra nuestro camino, que ya se desliza por la superficie del agua como graciosa ondina, ya se destaca del fondo

del sombrío bosque como austero anacoreta; que ya se adhiere al muro de destruida mansion cual hiedra trepadora, ya se encierra en el vago sonido de lejana música; que ya se exhala en el perfume de una flor, ya viene oculto en fin, en un suspiro del viento.

De cualquier modo que se anuncie llega al fondo del alma y allí nos hiere.

Inútil es que el deleznable fantasma del olvido luche con él.

El olvido es una aspiracion de los corazones lacerados y forma parte por lo tanto de las ilusiones y de los sueños.

El olvido no es verdad, sino como consecuencia del amor.

Que la juventud es tempestad deshecha de la cual el amor es el relámpago, el olvido el trueno y el desengaño la lluvia.

Las nubes se separan en la edad madura y queda solo el sol del recuerdo enseñoreándose magestuosamente del horizonte de la vida.

Nadie puede triunfar del recuerdo.

Si se corre entre su imagen y nuestra alma el tupido velo del sueño, envuelto entre sus sombríos pliegues, se muestra á ella y toma acaso todas las gigantescas y horribles proporciones que la mente emancipada de la razon puede prestarle.

Si se le quiere ahogar con el idiotismo de la embriaguez, se le encuentra en el fondo de la anhelada copa.

Esto no es decir que el recuerdo sea un fantasma repugnante.

Grandioso espejo que colocado delante del hombre refleja sin cesar su pasado, encuentra muchas veces panoramas amables y seductores.

Entonces forma uno de los placeres mas grandes, mas dulces, mas celestiales que puede sentir el alma.

¿Lo dudas, lector?

Sí: por tus labios resbala en este instante sardónica sonrisa.

El materialismo, rasgo característico de nuestra época, oprime tu corazon.

Tambien oprime el mio muchas veces.

Tambien yo he visto con indiferencia y desprecio la imagen de mi pasado.

Pero el recuerdo, conocedor profundo del corazon humano, se sabe revestir de tales formas, que el espíritu mas rebelde cae á sus pies.

Hay una sobre todo, una que no puede menos de embelesarnos.

¿Quieres que te diga cuál es?

¿Quieres que te diga de qué manera se presentó á mis ojos?

Agena es tal digresion del objeto de mi artículo.

Mas considerando que invoqué al tomar la pluma á la escentricidad, merezco disculpa.

Además, ¿qué tiene de extraño que al evocar la sombra del recuerdo se posesione del corazon?

El me guía en este momento.

Era una noche.

Reinaba la mas completa oscuridad.

La ventana de mi estancia estaba abierta y daba al campo. Yo apoyado en ella aspiraba indiferentemente la perfumada brisa.

Poco despues mis ojos se fijaron en una tenue claridad que á lo lejos se divisaba.

Era la luna que iba á salir.

Al mismo tiempo resbaló por mi mente un recuerdo puro como su luz, misterioso como su soledad.

El recuerdo de mis primeros años.

Sentí una lágrima deslizarse por mis mejillas.

Y entre enojado y sorprendido la enjugué con presteza.

¡Hacia tanto tiempo que no lloraba!...

Pero aquel último esfuerzo del indiferentismo fue inútil ya.

Mi imaginacion se turbó, y un mundo de recuerdos cruzó por ella.

Desde aquel instante, arrastrado, seducido, despojado, por decirlo así, de mi ser, volé en alas de mi pensamiento.

Y ví una enramada sombría, y las blancas paredes de una casa que se distinguían apenas entre las espesas copas de los árboles, y oí el murmullo de un arroyuelo, y sentí el perfume de las flores silvestres que brotaban al borde de su cristal.

Aquella era la mansión de la primera mujer que amé.

Mi embelesado espíritu se complacía en recorrer enternecido las inmensas dulzuras que la luz de sus ojos le hizo experimentar, cuando una música trémula como el primer suspiro de un alma virgen, triste como el recuerdo de un bien perdido, dulce como el acorde del arpa de los ángeles, se dejó oír.

Y una voz suave como el trino del ruiseñor, tierna como el arrullo de la amante tórtola, acompañó aquella melodía verdaderamente celestial.

Quise entender la letra de la misteriosa cántiga, retuve el aliento, comprimí hasta los latidos de mi corazón y oí...

¿Dónde fué, noche serena,
tu amorosa poesía,
y el placer del alma mía
dónde fué?

¿Dónde fueron tus amores
corazón, tu bien querido,
tus suspiros y tus flores
y tu fe?

¿Qué voz era aquella que me venía á turbar? ¿Qué voz era aquella que despertaba en mi alma un sentimiento que yo creía extinguido? ¿Qué voz era aquella que evocaba la divina imagen de una mujer, ángel de mis sueños, única pero hermosa flor hallada en el camino de mi juventud?

¿Necesitaré decírtelo, lector?

No: ya habrás comprendido que aquel dulcísimo acento era el del recuerdo de mi inocencia, de mis primeras ilusiones, de esos suavísimos sentimientos semejantes solo al perfume de blanca azucena, que oculta entre el follaje lo atraviesa y abre su corola para admirar las grandezas de la creación.

¿Y cómo extrañar que se le escuchara acompañado de angélicas armonías? ¿Cómo ha de presentarse ante el gastado corazón del hombre el divino sueño de su pureza, sino revestido de formas celestiales?

¿Qué había de hacer aquella sombra misteriosa sino preguntar al corazón de quien fue dueño, qué se hicieron sus amores, sus suspiros y su fe?

¡Ah! El recuerdo no solo es eminentemente grande, sino eminentemente sabio.

Las lecciones de la experiencia son sus lecciones.

Y cuando no repite para conmovernos los piadosos consejos pronunciados por la tiernísima boca de una madre, compara los suaves goces del amor primero con la violenta agitación de las pasiones.

El recuerdo como profundo filósofo, nunca olvida que el amor primero es el aroma del alma que vuelve al seno de Dios.

Por eso es nuestro oráculo.

El nos guía en el áspero camino de la existencia.

En él se encuentra siempre la felicidad.

Para él son todos los actos de la vida.

Impalpable como el aire, pesa como él sobre nuestras cabezas, y ya arruga las flores de la esperanza, ya impele las nacaradas nubes de la ilusión.

Santo y poderoso como la vara de Moisés, hace brotar lágrimas del corazón mas empedernido.

Disfrazado con la purpúrea túnica de la gloria, es el premio de las grandes acciones y la aspiración de los grandes genios.

Y así como la planta es el recuerdo de la semilla y la flor el recuerdo de la planta, y el fruto el recuerdo de la flor.

El recuerdo de los placeres es el verdadero placer.

El recuerdo de la virtud es la virtud.

El recuerdo de la nada es el hombre.

Si hay quien dude de su grandeza, arroja á sus pies la historia del mundo; si hay quien desconoce su poder, le somete á la horrible tortura del remordimiento; si hay quien niega su inmensidad le muestra el universo.

Que el universo no es mas que el recuerdo vivo de Dios.

Pero Dios es inmortal.

Luego en su recuerdo debía haber algo inmortal tambien.

Este algo inmortal es el alma, recuerdo del hombre.

MANUEL VALCÁRCEL.

LOS AMORES DE UN PINTOR.

(CONTINUACION.)

XIX.

Cuando llegaron al sotabanco, Eduardo rogó á los demás éntrasen con cuidado para que su madre no se despertase, y poco despues Alfredo yacía tendido en su lecho sin esperanzas de vida.

El desconocido, que no era otro que un facultativo, se colocó á la cabecera é inmediatamente procedió al reconocimiento de la herida y su curación si era posible.

Pablo llamó aparte al joven artista.

—Aquí tiene usted le dijo, sacando un paquetito cerrado y una llave del bolsillo de su levita, es lo que tenía encargo de entregar á usted caso de que la fortuna fuese contraria á nuestro ahijado.

—Doy á usted las gracias; y créame usted, siento en el alma que de medio tan sensible se haya valido para desprenderse de ello, ¿usted no tiene antecedentes?

—No. Alfredo salió anoche de la casa en que usted se hallaba, regresando á ella poco despues... Chico, me dijo, mañana me bato con el embozado, y necesito que seas mi padrino... Le pregunté las razones, y solo me contestó: es inútil que lo sepas, pues sea como quiera me he de batir con él.—¿Y si no acepta ó se arrepiente?—Entonces le mataré como á un cobarde... usted por su parte ha hecho lo que hace siempre un caballero, por consiguiente tome usted y no hablemos mas del asunto.

—Estos treinta mil reales, dijo Eduardo sacando algunos billetes, vienen de la misma mano que anoche los admitió; ruego á usted por lo tanto, puesto que Alfredo no ha de tomarlos, los acepte en su nombre y se los entregue á quien correspondan.

—¡Ah! ya comprendo... es que en ese caso...

—Hará usted lo que debe, pues de otro modo yo hubiera dispuesto de una cosa que en manera alguna me pertenecía.

—Pero...

—Es un encargo, y solo nos toca cumplirlo... Ahora bien, inutilicemos esta llave, que para nada sirve.

—Caballero, cuanto ocurre es un enigma para mí.

—Puede que todo lo sepa usted algun dia; entre tanto cuidaremos de que su amigo de usted espire como cristiano, ya que no sea dado devolverle la vida.

—Pasemos á la alcoba.

—Soy con usted al momento.

Pablo entró en la habitación que ocupaba el moribundo y dijo al oído del médico: «no sé qué tiene este hombre que en vez de inspirarme odio, me inspira una simpatía inmensa.»

Entre tanto Eduardo escribió en el sobre de un paquetito: «cumpla mi palabra:» y dando al portero de su casa las señas de la habitación de Laura, lo envió sin pérdida de momento.

A su llegada, Laura se hallaba delante del

espejo con sus hermosos cabellos destrenzados sobre el banco peinador de batista que la cubría.

Luego que el portero se hubo retirado, Laura permaneció silenciosa con su vista fija en aquellas misteriosas palabras, como si una sombra de muerte pasase ante sus ojos, y al abrirla y hallar de nuevo el retrato de su madre, dos lágrimas de reconocimiento y de alegría surcaron sus mejillas, y su pensamiento fué á perderse en el infinito, como si buscase en el cielo la solución de aquel enigma que no acertaba á comprender.—Todo lo sabré, dijo al fin, porque en el cementerio nos veremos. Y apenas llegó la tarde, Laura se encaminó á él, permaneció orando de rodillas hasta despues de anochecido, pero como nadie parecía, volvió pensativa á su casa con el corazón lleno de amargura, los ojos de lágrimas, el alma de tristeza, y el cerebro cargado de ideas desgarradoras y sombrías.

Así pasaron los dias... Laura buscó en vano á Eduardo... desde entonces sus fuerzas comenzaron á debilitarse, hízose mas intensa la palidez de su semblante y mas frecuentes los suspiros que exhalaba su pecho.

Por otra parte el baron había desaparecido: en tal estado, se determinó á ir en busca de aquel, y una mañana, con el semblante oculto bajo el velo de su sombrero y envuelta en su ancho albornoz para no ser conocida, salió de su casa dirigiéndose á la de Eduardo.

XX.

Un joven, vestido de negligé, salió á abrirla; su rostro de correctas y delicadas facciones, tenía esa palidez característica que aparece como la primera y última huella de las enfermedades de muerte; sus movimientos todos, la apagada mirada de sus ojos sus pasos vacilantes y su voz débil y pausada, eran señales evidentes de que se había hallado á las puertas del sepulcro.

—Caballero, dijo Laura, sorprendida de la inesperada aparición de aquel. ¿No habita ya en este cuarto don Eduardo...

—Sí, señorita, pero no está en casa.

—¿Y tardará mucho?

—Probablemente no; puede usted pasar si gusta, y tomarse la molestia de esperarle, aunque si es para algun retrato, sería inútil; de Roma le han encargado un cuadro que le ocupa todo el tiempo.

—No, no es con ese objeto.

—En ese caso dispense usted y hágame el obsequio de pasar adelante.

Laura, sin levantarse el velo entró en el estudio de su adorado pintor.

El enfermo que la seguía con suma dificultad, intentó acercarla una silla suplicándola tomase asiento, y como ella viese el trabajo con que lo hacía, se aproximó á su vez, y tomó dos, presentándole una al desconocido.

Las pálidas mejillas del joven se tiñeron ligeramente de púrpura, y mudo en fuerza de su agradecimiento, tan solo pudo darle las gracias con una respetuosa inclinación de cabeza...

Horas hubieran pasado en silencio para los dos, si Laura no diera rompiéndole:

—¿Padece usted mucho?

—Mucho, señorita; si no fuese por Eduardo, que es el médico de mi alma y de mi cuerpo, ya hubiese sucumbido.

—No en vano me habían dicho que era un joven excelente.

—¿Usted no le conoce?

—Lo he visto algunas veces...

—¡Ah! Entonces no podrá usted apreciar aun su noble corazón, su espíritu grande y generoso como ninguno.

—Segun sus palabras de usted...

—¿Qué son mis palabras, señorita, cuando le debo mas que mi vida?

—¿Es posible?

—¡Ah, señorita! usted no sabe cuán grandes son los sacrificios que ha hecho por mí: su amistad es hoy mi única alegría.

—¿Y antes?

—Antes no, le aborrecí sin juzgarle.
—Vea usted cómo no es bueno fiarse de las apariencias.

—Tiene usted razón.

—¿Y qué daño le había hecho á usted Eduardo?

—Ninguno... pero casi me enorgullecí de haberlo pensado, pues de otra manera no hubiese experimentado el dulce sentimiento de la amistad, esa amistad que, nacida y desarrollada en el transcurso de treinta y cinco días, es mas grande, mas verdadera que la de dos personas que se aman desde la cuna al sepulcro.

—Entonces alguna causa poderosa debe haber influido en ella...

—Sí... sí.

—Perdone usted me arrepiento de lo dicho, no ha sido mi ánimo penetrar en los secretos de su corazón de usted, porque los secretos del corazón son harto sagrados y respetables para mí...

—Con todo, puesto que la casualidad lo ha querido y usted parece interesarse en mi conversación, voy á referirle á usted mi amistad con Eduardo, que es cierta, ciertísima, y que sin embargo, daría pábulo á un escritor que le escuchara para formar algun capítulo de novela, acaso un cuento, tal vez una historia...

—Tendré sumo gusto en oírla, y si antes no se lo he indicado, ha sido por no cometer una indiscreción...

—Con una pension de cinco mil duros anuales, señalados por mi padre, comerciante en P... para que disfrutase del mundo á mi placer, despues de visitar la Inglaterra y pasear la Francia y recorrer casi todo el extranjero, fijé mi residencia en Madrid, no porque Madrid sea mejor que París, sino porque Madrid es la capital de España, señorita, y yo soy español. Al poco tiempo no había teatro donde no concurrese, ni bailarina que no agasajase, ni actriz con quien no me mostrase galante como ninguno y rendido en demasía. Alterné en las altas sociedades como en las pequeñas, pero bien pronto las vanidades y el orgullo se despertaron en mi ánimo y entonces la ópera, el casino y las tertulias de la aristocracia, fueron mi unico refugio... el amor, la amistad, los sufrimientos eran para mí utopías de la fantástica imaginación de cuatro héroes de novela. Hubo un día, sin embargo, en que paseando en el Prado despues de bajarme del tilburí, ví á una hermosa jóven que vestida de negro iba en carretela abierta, acompañada de una señora de cierta edad, cuyas señas recuerdo muy bien, cabellos grises, rostro aguileño y... pero sigamos... Al verla sentí que mi corazón latía con violencia, y que cuanto mas la veía mas deseaban mirarla mis ojos... Al fin concluí por lo de siempre...

—¿Por qué caballero? preguntó con ansiedad Laura.

—Por reirme de mí mismo, señorita. Sin embargo, llegó la noche, y en vez de irme al teatro me metí en casa... me puse á leer... pero el libro caía de mis manos... ante mi mente parecia columpiarse la enlutada del coche... y mirarme y sonreirme... ¿Qué entonces si tendria fiebre, y para cerciorarme me acosté... Al día siguiente me aburrí mas que el interior... da órden á mis criados de que no estaba en casa para nadie, sin que yo mismo me explicase la causa, á pesar de que, por desgracia, empezaba á comprenderla, sentí un deseo vehemente de que pasasen las horas... de que llegase la tarde, de ir al Prado... Desde las cinco á las seis fueron tantas las veces que miré la hora en mi reloj, que á fuerza de abrirlo y cerrarlo, saltó el muelle. Cuando cabalgaba en mi potro alazan hacia el paseo, me pareció tan tarde que ya no había de quedar un alma... cuando llegué observé que me había anticipado á los carros de riego. Le repito á usted, señorita, que comprendí la causa de mis disparates y me avergoncé de mí mismo... iba á entrar en el gremio de los enamorados, lo cual en aquella época era para mí una ridiculez. Pasó un mes y me empecé á

poner tan extravagante que parecia un poeta con apariencia de suicida. ¿Pero qué te pasa? exclamaban mis amigos.—Nada, repuse; y en breve torné á mi antiguo género de vida; pero éste era aparente... mi corazón que empezó por no dar cabida al sentimiento mas noble de todos los sentimientos, concluyó por admitirlo, comprenderlo, acariciarlo, y últimamente, sentirlo, señorita, que era lo peor. Llegó un día en que paseaba buscando con la vista á aquella mujer á quien yo no quería mirar y miraba, seguir y seguía, amar y amaba, y mi amigo Pablo del Real, en cuyo brazo me apoyaba negligentemente, presentóme una ocasión magnífica para luchar conmigo mismo, con mis propias fuerzas... para engañarme, que era una de mis mas grandes satisfacciones. Cruzó el carruaje á tiempo que los dos dirigíamos hacia él nuestros ojos, cuando vea usted que un jóven rubio y al parecer aristócrata llegó al estribo; disputábamos Pablo y yo acerca de las mujeres (cuestión eterna en la boca de los hombres), y por último le indiqué á mi amigo que iba á hacerla el amor.

—Llegas tarde, me dijo.

—¿Por qué?

—¿Ves aquel caballero?

—Sí.

—Pues ese...

—¿Qué?

—Es su amante...

Al escuchar esta frase parecia que me había herido de muerte; sin embargo, en mi resolución de aparentar lo que no sentía, murmuré un «no importa» y hasta llegué á ofender el recuerdo y la dignidad de aquella mujer por no dar decididamente la palma á mi corazón haciendo una apuesta de veinte y cinco onzas de oro contra ocho á que la jóven en cuestión era mia antes de mucho.

—Es usted incomprensible.

—Lo era, efectivamente: desde aquel día paseé la calle de Hortaleza, porque en ella vivía mi enlutada...

—¡Ah! ya... murmuró Laura con mal reprimida sorpresa.

—La encontré, y mas de una vez quise cambiar la pudorosa y tierna mirada del amor que me arrastraba hacia ella, por la insolencia y altanería del libertino, en que se revela todo el cinismo de su corazón, pero mas de una vez incliné los ojos y retrocedí... fuerza es confesar que me infundía respeto... y... pero continuemos. La causa de esta terrible lucha del alma y de la materia, del corazón con el pensamiento, no era otra sino cinismo y depravación de que á fuerza de reprimir y dominar sus propios sentimientos hace jactancioso alarde en nuestros días mas de un insensato. El amor encadena el alma; el libertinaje da libertad al cuerpo... hé aquí todo. Voló el tiempo y me anunciaron que ella se había casado con un título. Al recibir la noticia chispeó en mis ojos la llama de los celos y de la desesperación, se doblaron mis piernas y caí sobre una butaca... mis amigos me miraron con asombro... Para desvanecer toda sospecha, mi voluntad de hierro necesitaba nuevas pruebas... Chicos, les dije, me acabais de manifestar una cosa que me alegra extraordinariamente, porque la...

—Prosiga usted, interpuso vivamente Laura.

—La jóven en cuestión tiene editor responsable, y de ese modo... ¡Oh! me avergüenzo en recordarlo!—Y sin embargo, aquel exabrupto, lanzado en aquella esfera de libertinaje y corrupción, mereció estrepitosos aplausos. Así pasaron meses y meses, pero la enlutada desapareció de mi vista. El ba... es decir, el marido bajaba solo á la Castellana con su carretela, despues en el tilburí, luego á caballo, á pie últimamente, porque, segun noticias, en el juego había derrochado su capital... No lo volví á encontrar en mucho tiempo... Pensé en ella, y á pesar de los instintos depravados de que hacia ostentación y gala, mi frente se inclinó ante la severa y fría imagen de su desgracia... ¿Sabes á quién he visto perdido como las ratas? dispénsenme usted la espresión

pues así me lo dijeron.—¿A quién?—A fulano...—¿Y dónde se mete á comer?

—En las tabernas mas malas, en los figones mas detestables... para jugar en los garitos... —¿Sabes dónde es?—Sí—Esta noche iremos... —¿Nosotros?—Sí.—Pues como te plazca.—¿Y su esposa? pregunté dejando escapar una a una las sílabas, temeroso de profanar este santo nombre con mi recuerdo.—No sé.—Cuando los calaveras, ó sean sastres de honras ajenas, no tienen tela para cortar un sayo á las pobres mujeres, murmuran generalmente esa palabra que equivale á decir: *es una santa*. Llegó la noche y fuimos al garito... Garito, señorita, es un cuarto pobre y miserable donde se parodia el juego, lo que no obsta para dejarse hasta la camisa. Hace justamente treinta y cinco días...

—Treinta y cinco días, pensó Laura, cuya sorpresa crecía á medida que avanzaba la historia.

—Apenas entré ví un hombre que embozado en su capa, sin hablar palabra ni jugar un real, fijaba la penetrante mirada de sus grandes ojos negros, única cosa que de su semblante se veía, en un hombre pálido, rubio, demacrado y harapiento, que parecia devorar las cartas con su vista, y en cuya agitada y oprimida respiración se conocía cuán terrible era la lucha sostenida entre su inmensa avaricia y su desgracia en el juego... Difícilmente le reconocí como el marido de la mujer que amaba; tal era su estado de abyección y de miseria. Al poco rato de observarlo casi con lástima, ví que de entre su levita mugrienta sacó una medalla de brillantes, que con objeto de venderla tiró sobre la mesa. Contenía un hermoso retrato. ¿Pero cuál no sería mi sorpresa al ver que sus ojos, su boca, su frente y sus cabellos, en fin, eran de un parecido extraordinario con los de ella? Le tomé para no desahacerme jamás de aquella joya; pidió diez mil reales, el embozado ofreció once.

—¿Si sería él? murmuró Laura.

—Yo doce, continuó el jóven, despues de haber descansado algunos instantes, y quedó el trato hecho. Aquel hombre que se había desprendido del retrato de su mujer por la satisfacción de un vicio que le arrastraría al crimen, no me inspiró compasión, sino repugnancia... me proponía sacar de él todo el partido posible, porque de todo lo conceptuaba capaz: aprovechándome de que había perdido de nuevo hasta el último maravedí, me aproximé á él, le ofrecí dinero que aceptó, y le pagué por vía de apuesta mil duros en billetes porque me proporcionase una entrevista con la dama del medallón.

—¿Y aquel infame no accedería!

—Sí, señorita, accedió; juzgando que yo no le conocía, se atrevió á decirme con el mayor descaro del mundo que una querida mas ó menos entre tantas, poco importaba.

—Pero usted no admitiría porque eso hubiera sido seguramente ser mas miserable que él.

—Todo lo contrario: ¿no ve usted señorita, que en aquel entonces todo mi orgullo era, ya por buenos, ya por malos medios, alcanzar fama de calavera entre los primeros? ¡Qué obcecación! ¡qué error tan craso el mío! Admití, y á cambio del dinero me entregó una llave que dijo ser la de la puerta...

—¡Oh Enrique! no hay castigo en el mundo para tus crímenes, pensó Laura, mordiéndose sus finísimos labios, como si de esta manera lograra contener el llanto que arrasaba sus dulces y bellísimos ojos...

—Pues bien, señorita, llegué á la casa designada mediante las señas dadas por aquel ilustre barón.

Laura se puso la mano delante del velo como si no fuese bastante á ocultar su rostro, cuyas mejillas se cubrieron en aquel instante del mas vivo carmin.

—Al abrir para penetrar en aquella casa temblé por primera vez en mi vida; me pareció que una voz, la voz de la conciencia seguramente, le decía á mi corazón: respeta y ama; mientras la voz del mundo, que era la

que me había propuesto escuchar, tronaba apagando la otra; *consigue, olvida y desprecia*: fluctuando en un mar de dudas, haciendo prevalecer como siempre, el libertinaje, la depravación y el escarnio, á la razón, la justicia y la virtud, oí que me llamaban, y volviendo ligeramente la cabeza, miré al embozado con mas sorpresa que espanto acercarse lentamente hacia mí...

—¿Sería él?... balbuceó Laura ahogando un tierno suspiro.

—Estaba visto; fuera un rival, un protector misterioso, ó su padre, mi voluntad virgen, mis deseos siempre realizados, mi valor nunca vencido, necesitaban dar un escarmiento á aquel hombre que se oponía á mis proyectos.

Me pidió el retrato y la llave, y le contesté que solo después de mi muerte los tendría; me dió algunas razones con harta prudencia; pero no las escuché, porque lo único que de-

seaba ya para añadir una página mas á mi biografía galante, era atravesarle el corazón... Una hora después nos hallábamos á veinte ó treinta pasos uno de otro, y las pistolas brillaban en nuestras manos; favorecióme la suerte y tiré primero. Como otras veces, creí que mi contrario quedaria en tierra para siempre... pero al verle sereno, impasible y sonriendo, después de sentir que la bala atravesaba su sombrero y pasaba rozando sus cabellos, tiré la pistola avergonzado: él entonces me dijo con estas mismas palabras: —«La suerte no ha querido complacer á usted en esta ocasión; con todo, si usted se retracta de lo dicho, hemos concluido.»

—¿Y cómo correspondió usted á tan generosa indicación?...

—Yo estaba ciego de ira, y hubiera tenido á menos el deber mi vida á aquel hombre cuya sangre no bastaba entonces á saciar mi deseo;

ni me retracto, le dije, ni pierdo la esperanza de matar á usted.

—¿Y él qué hizo?

—Lo que debía y nada mas, señorita; yo le había jurado que publicaría la deshonra de la dama del retrato si lo mataba ó si me mataba él, lo cual era obligarle... entonces, disparó su arma, y mi cuerpo cayó en tierra como un tronco.

—¡Ah! Dios mío, estaba usted herido...

—Mortalmente... este fue el principio de la resurrección moral de mi alma, y hay mas, ¿qué creará usted que hizo mi contrario? Me llevó á su misma casa, y como un hermano cariñoso se constituyó á la cabecera de mi lecho, donde permanecí veinte días sin descansar apenas, señorita. Vamos, mi buen Alfredo, me dijo un día: somos amigos y es necesario hablar mas despacio: entonces se inclinó hacia mí para que le oyese mejor, y me hizo



AMORES DE UN PINTOR.—Descansaban sobre la playa, arrullados por las espumosas ondas del mar

comprender cuál era el mundo, sus vanidades, sus creencias; el estado de la sociedad, las tendencias del corazón humano; las consecuencias entre ejercer la virtud ó practicar el vicio. Luego me contó la historia de unos amores, y fueron tantas y tan poderosas las razones que me manifestó le habían obligado á batirse, que sus palabras, obrando en mi alma una evolución, una reacción completa, arrancaron lágrimas de mis ojos y suspiros de mi corazón y de mi alma. ¡Perdon, perdon! exclamé abrazándome á su cuello con todo el frenesí de un hermano. ¡Ah Eduardo! Tú serás mi mejor amigo y mi bien será tu felicidad! yo no me separaré jamás de tu lado; si Dios me salva la vida, quiero ser como tú, y como tú trabajar, porque el trabajo es el consuelo de los corazones humanos.

—Luego era Eduardo el que recuperó el retrato y...

—El, señorita, cuya abnegación se pierde en el infinito, cuya vida es una continua serie de sufrimientos, que solo su corazón, su alma y su inteligencia puede resistir y dominar.

—De modo que usted ha desistido completamente de su empresa amorosa.

—Señora, el sombrío telón que cubre mi vida pasada, no se levantará jamás.

—Es decir que si viera usted á la enlutada del Prado...

—La respetaria como á mi madre, señorita, la amaría como á una hermana.

—En ese caso seremos amigos para siempre, dijo Laura, levantándose el velo.

Un grito de sorpresa se escapó del pecho de Alfredo; se levantó súbitamente, á pesar de su debilidad, y estrechó con timidez la mano que ella le tendía, exclamando:

—¡Oh Laura! Dios la haga á usted tan feliz como me hizo desdichado.

Eduardo, que había permanecido al lado de Alfredo durante los treinta y cinco días transcurridos, recibió aquella mañana un recado urgente del director del hospital general para saldar unas cuentas que tenía pendientes de pinturas y cuadros vendidos á un extranjero, comisionado y amigo de aquel en cuya casa estaba hospedado.

Luego que llegó el director le estrechó la

mano como igualmente otro sugeto rubio que no era ni mas ni menos que un inglés.

—El señor es don Eduardo E... pintor tan modesto como distinguido.

—Caballero, dijo el extranjero adelantándose; cuarenta mil duros es lo mas que puedo ofrecer á usted por los doce cuadros que he recibido de su galería...

Eduardo, cuya escasa modestia le hacia pensar que la suma ofrecida recompensaba largamente su trabajo, se contentó con inclinarse en señal de asentimiento.

Olvidaba también que los ingleses son siempre ingleses para sus negocios, y que esto va tan enlazado á las frases, como el alma al cuerpo ó la respiración á la palabra.

Guardó la cantidad que aquel le ofrecía en oro y billetes del Banco de España, y turbado en fuerza de su alegría, permaneció silencioso.

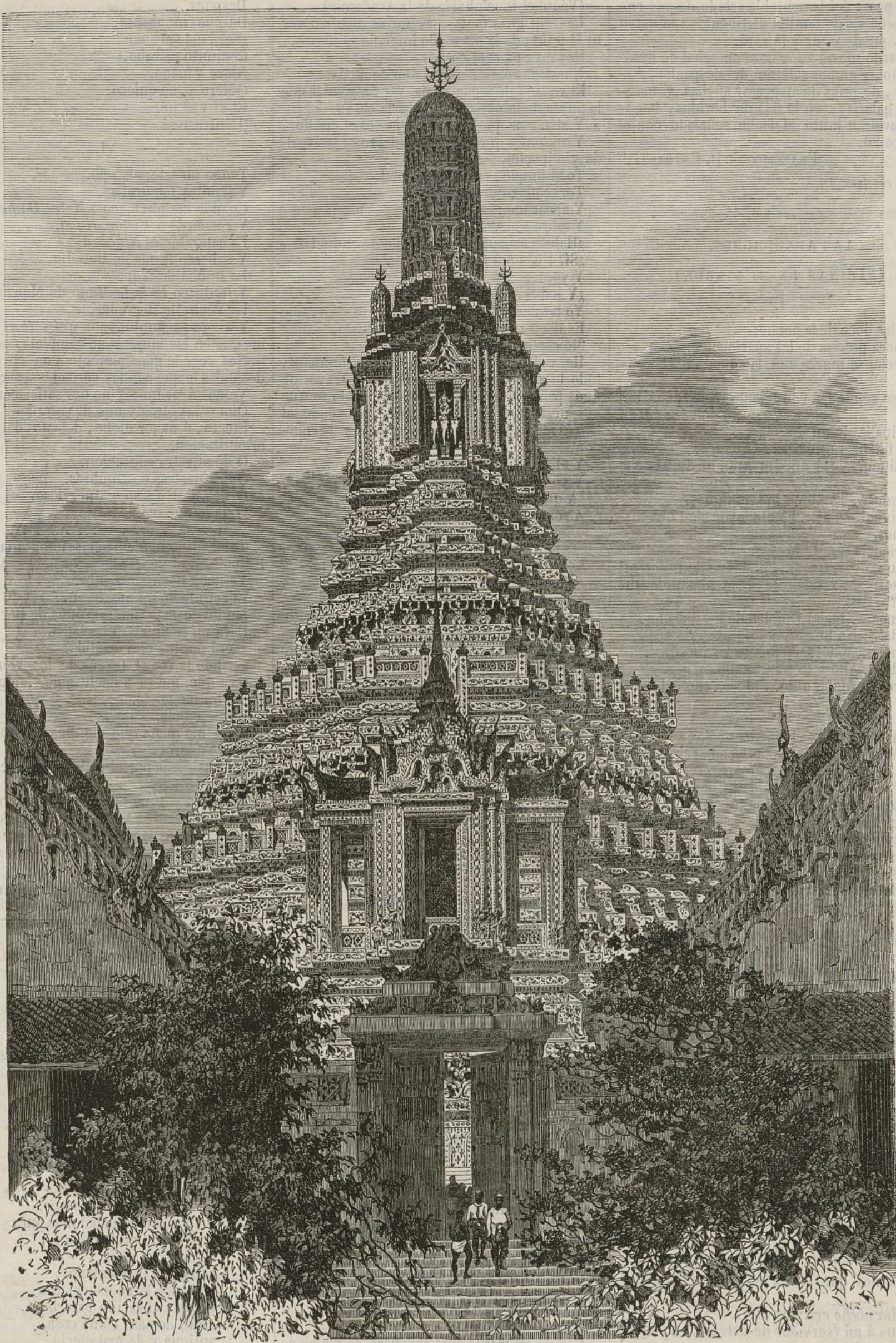
En aquel instante, un ayudante del establecimiento se presentó al director.

—¿Qué ocurre? le preguntó éste.

—No hay fuerzas que le hagan declarar.

—¿Pero habla?

—No despliega sus labios.



LA VUELTA AL MUNDO.—Viaje á los reinos de Siam y de Cambodge.—Torre de Bangkok. (De fotografía.)

—Es lo mas original del mundo, dijo dirigiéndose á Eduardo: figúrese usted un hombre que se ha suicidado ó ha pensado hacerlo.
—¿Y cuándo?

—Anoche le trajeron, y está en las ansias de la muerte, sin que se pueda conseguir sacarle una palabra.
—¿Y se sabe quién es?

—Es imposible, su cara parece una carnicería y sus facciones están completamente desfiguradas.

—¿Y á juzgar por su figura?

—A pesar del lamentable estado de sus ropas, debe ser de familia distinguida: si usted gusta, puede venir y le verá.

Eduardo movió su cabeza en señal de asentimiento, y ambos salieron del despacho, entrando, después de atravesar anchas y magníficas galerías, en la sala de heridos, donde se detuvieron junto al lecho señalado con el número 20.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

(Se continuará).

LAS APARICIONES.

(PÁGINAS DE MI DIARIO.)

I.

Son las doce de la noche:
La hora precisa de las apariciones.
El reloj la marca con la aguja en el cuadrante.
El eco repite las vibraciones monótonas del metal.
Ha finalizado un día más.
Así finalizará nuestra existencia.
¿Cuándo?... Hé aquí el gran misterio de la vida.
¿Dónde?... También lo ignoramos.
¿La ignorancia!... Es el mayor bien que disfrutamos.
La ciencia que todos poseemos.
Si no ignoráramos.... ¡infelices de nosotros!
¡Nosotros! ¿Y sabemos acaso ni aun lo que somos?
¡Somos.... nada! Opinión de los filósofos.
¡Nada!... No lo entiendo.
¡Somos... todo! Opinión de los incautos.
¡Todo!... Ahora lo comprendo menos.
¡Pero sí, somos algo... algo... tontos!

II.

Decíamos que era la media noche.
La hora precisa de las apariciones.
Sin embargo, yo no veo aparecer a nadie.
La época de los fantasmas ha pasado.
La generación de los duendes ha concluido.
Ya no tienen este recurso los enamorados:
ni siquiera los novelistas.
Nuestro siglo no es de duendes ni de fantasmas:
Es de fantasmiones.
Y se va lo uno por lo otro, ó lo otro por lo uno.
En verdad, que nuestros antepasados eran un poco crédulos.
Honradotes á carta cabal.
Sóbrios hasta el exceso.
Cristianos viejos y buenos patricios.
Escelentes padres; mejores esposos é hijos modelos.
Sus pósteres, es decir, nosotros, somos...
¿Hay por ahí quién sepa lo que somos?
Porque yo, francamente, no lo sé.
Y que yo no lo sepa no es extraño; pero que no lo sepan los sabios.
¡Hoy que hay tanta sabiduría!...
Como que tenemos hasta monos sabios;
perros sabios, pulgas sábias; mujeres sábias...
Alto el fuego.
Llegamos á las mujeres.
Esto merece punto... y aparte.

III.

Decíamos que era la hora de las apariciones.
Media noche era por filo...
Y que á mí (servidor de ustedes.) no se me aparecía nadie.
Pues ya apareció aquello.
¿Qué es aquello?
¡Una aparición! ¡Una mujer!
¿Qué bella es!
Viene de luz vestida; trage blanco: vestido de pureza.
Túnico le llamaban en nuestra antigua fabla.
Pero la palabra ha caído en desuso.

(Véase el Diccionario de la Academia)
Las antiguas fantasmas no se dejaban ver ni la punta de la nariz; lo impedía el lienzo.
Hoy, ya es otra cosa.
Nuestras apariciones visten de moda.
El vestido de moda, deja ver, algo más que la punta de la nariz; deja ver la cara.
Y algo más que la cara; deja ver el cuello.
Y algo más que el cuello: deja ver la espalda y el pecho.
Todo limpio, como un cristal.
Torneado; por supuesto,
Y nacarado; se entiende.
Y sobre todo... incitante.
¿Habeis asistido á algun baile de etiqueta?
¿Sí? Pues me alegro.
Y yo.
¿Y habreis visto?...
Yo también.
Es decir: yo, he visto y no he visto.
Me explicaré.
He visto, pero así como *in illo tempore*, todo lo que se podía ver, se veía al través de finos paños ó dobles lienzos; hoy, todo lo que nos dejan ver (que no es poco) lo vemos al través de finas capas de blanquete y bermelon.
Y allá se vá todo.
Y yo también me voy.
¿A qué?
A soñar.

IV.

Soñemos; pero soñemos despiertos.
Soñaba yo que en apacible noche...
Esto no es mío; es de *El Trovador*.
Uno de los mejores sueños que han escrito los poetas.
Y cuidado si los poetas entienden esto de los sueños.
Pero antes había dicho Calderón, que
Todos soñamos despiertos
y los sueños, sueños son.

Mas yo soñaba. ¿Qué soñaba?
¡Ah! ya recuerdo.

V.

Eran las doce de la noche.
La hora de las apariciones.
¿Qué aparición la mía!
Dejábame ver su rostro.
Y su cuello.
Pero ¡qué cuello y qué rostro!
Lo mejor que yo he visto.
Y cuenta que yo he visto tanto... tanto.
Tanto he visto que ya tengo la vista cansada.
Necesito queve los.
Y no los uso.
No tengo más que uno; y éste encuadrado... en pergamino.
A la antigua usanza.
Yo soy idólatra por las antigüedades.
Me gustan las Vírgenes de Murillo, por antiguas.
No por viejas.
Las Vírgenes de Murillo no envejecen.
Por eso me gusta mi aparición: por que no es vieja.
Representa apenas cuatro lustros.
Como cada lustro representa cinco años.
Sus mejillas son dos rosas de Alejandria.
Sus ojos dos exhalaciones.
Si los fija me enloquecen.
Brillan como la estrella de la mañana.
Hablan al corazón: con el idioma del sentimiento.
¡Qué bella es!
Corona su frente una cabellera de endrina.
Ensartijada, se ciñe sobre su cabeza, como una corona.
¡Mi aparición!...
Yo la miro y ni á respirar acierto.
¡Qué perfume tan suave esparce en torno!
Ya se acerca.
Lo deseo... y tiemblo.
Me tiende su mano.
Su contacto me hiela.

Después...

Después me abrasa,
¿Será este el amor?
Conjunto extraño.
Nieve y fuego.
Quiero y no quiero,
El sí y el nó.
¡Contrastes!

VI.

Tengo un estereóscopo.
Y bonitas fotografías.
Cuando me place veo á *Notre Dame*,
Y recuerdo á *Victor Hugo*.
La catarata del *Niágara*,
Y saboreo la oda de *Heredia*.
La tumba de *Napoleon*.
Y traduzco *El 5 de Mayo* de Manzoni.
La *Vénus de Berveder*.
Y ahora preguntó: ¿por qué será el que no me gusten las mujeres en completa desnudez?
Nos sucede generalmente con las mujeres desnudas lo que con las verdades á secas.
Vemos á las unas y no nos satisfacen.
Oímos las otras y nos desagradan.
Efecto, ó mejor dicho, defectos de nuestra organización.
O de nuestra educación.
O de nuestras costumbres.
O de nuestro sistema nervioso.
O de lo que sea.

También tengo entre las fotografías el retrato de...
Ya iba á decir su nombre.
El retrato de mi aparición.
Me gusta más que la *Vénus de Berveder*.
Para mí es mucho más bella.
¿Será porque está vestida?
Cuando la veo al través de los vidrios me parece que me va á decir algo... algo de lo que á mí me gusta.
Por ejemplo:
A mí me gusta que me diga: te quiero: te amo: te adoro.
Y otras cosas por el estilo que nunca me ha dicho.
Sin duda porque no se lo he preguntado.
Decididamente, voy á preguntárselo ahora.
Pero... ya es tarde.— Son las doce.
La hora de las apariciones... y de dormir.
Buenas noches.

AURELIANO RUIZ.

AL SIGLO XIX.

FILÍPICA.

En el siglo de las luces,
en este siglo perverso
donde no hay mas rey ni Roque
que un bolsillo bien repleto.
Donde el placer es tan solo
un *artificio discreto*,
una ilusión el recato
y el respeto, poco menos.
Donde el amor de las Ellas
y la pasión de los Ellos,
es solo una distracción,
un puro *matar el tiempo*.
Donde la amistad mas pura
y el afecto mas sincero
significan osadía,
adulación ó desprecio.
Donde la buena crianza
y hasta el cariño paterno
están demás, como cosa
antigua y de mal efecto.
Donde solo se procura
aprender antes que el Credo,
un cumplimiento en francés
y tres ó cuatro requiebros.
Donde el teatro y los bailes
y el constante devaneo
hacen olvidar al alma
lo que olvidar no debemos.
Siglo, en fin, galvanizado

y corrió en extremo
por desenfrenos sin límite,
é iniquidades sin cuento.

Dichosos tiempos pasados,
dichosos tiempos aquellos
en que placeres tan puros
gozaban nuestros abuelos.

Entonces todo era dicha,
sinceridad, buen deseo,
honradez, paz, bienandanza...
menos palabras, mas hechos.

¡Dichosos tiempos pasados,
dichosos tiempos aquellos!
¡con cuánto placer, ay, guarda
vuestras memorias el pecho!

Entonces, aunque atrasado
diz que anduvo el Universo,
no estaban, como hoy, las guerras
en su mayor apogeo,

Ni hubieron partidos blancos,
rojos, azules ó negros,
ni protocolos, ni notas,
ni siquiera mal gobierno.

Ni las mujeres llevaban
miriñaques tan tremendos,
gasas, colas, coloretes,
ni aun el peinado con cuernos.

Ni se conocieron bailes
de habaneras y lanceros,
ni soirees, ni thes dansants,
ni viajes al extranjero...

Ni todas las zarandajas
que este siglo loco y necio,
tiene para mal de tontos
y provecho de discretos.

PEDRO F. REYMUNDO.

ENRIQUE IV.

Enrique IV rey de Castilla, apellidado el *Impotente*, hijo de Juan II, á quien sucedió en 1454; nació en 1424 y murió en 1474. Declarado impotente en su primer matrimonio, contrajo el segundo con Juana de Portugal, que dió á luz una niña llamada despues la *Beltraneja* por creerse que era hija de Beltran de la Cueva, favorito de la reina. Habiéndose sublevado los grandes contra Enrique, le degradaron en un cadalso públicamente y proclamaron al infante don Alonso, rey de Castilla; pero la muerte de éste, la derrota que sufrieron los sublevados en Olmedo en 1467 y la negativa de Isabel, hermana del rey á aceptar la corona mientras viviese Enrique, obligaron á aquellos á someterse con la condicion aceptada por el príncipe de reconocer por única heredera legítima á Isabel. El casamiento de ésta con Fernando de Aragon, disgustó al rey y resucitó las pretensiones del partido de la Beltraneja, si bien hicieron las paces aparentemente Enrique é Isabel en la entrevista de Segovia, que se verificó en 1473. Al año siguiente murió el rey, declarando en su testamento por heredera á Juana su hija, y anulando cuanto habia dispuesto en contrario.

BIOGRAFÍA DEL PROFESOR JOSE PICCO.

Nació ciego en el año 1830; en el reino de Cerdeña; sus padres no eran ricos, pero sí honrados.

En su mas tierna edad desplegó una apasionada tendencia y sumo gusto hacia los sonidos y cualquiera música que oia la escuchaba con la mas grande atención, marcando con su cabeza el tiempo con toda precision. Su padre, viendo esta propension, la cual escedia en proporciones á su edad, no mas de siete años entonces, le compró una flauta, deseando que estudiase; pero el niño Picco no demostró gusto por este instrumento; entusiasta por la música, no manifestaba empero su preferencia por instrumento alguno, y se le veia siempre absorto, como si tratara de buscar en los mis-

terios de la naturaleza algo con lo cual pudiera crear melodías, aunque fuese un instrumento extraordinario.

Siendo ciego de nacimiento, toda idea de la creacion estaba para él incógnita, y por consiguiente hallaba gran dificultad en encontrar un instrumento hecho para su genio, por lo que se vió obligado á esperar hasta que la casualidad pusiese en sus manos lo que deseaba tan ardentemente.

Hay en Italia, especialmente en la Lombardia, silbato los mas comunes, de los cuales se aprovechan los padres para entretener á sus niños. Un dia el padre del niño Picco le dió uno de estos, é inmediatamente el pequeño ciego pareció alegrarse, como si hubiera visto cumplidos sus deseos.

Este silbato, cuya longitud es de tres pulgadas, solo tiene tres agujeros. Picco le examinó muy atentamente y empezó á silbar, intentando formar un canto; pero sus esfuerzos para producir sonidos combinados disgustaban mucho á los vecinos, que mas de una vez le reñian y amenazaban.

El joven ciego continuó incansable sus ensayos sin hacer caso de tales amenazas, porque encontraba su verdadera existencia moral en este silbato, que tanta gloria le habia de dar. En poco tiempo Picco dominó el tosco é imperfecto instrumento, y bien pronto los mismos que antes le habian reñido, se reunian para oír sus prodigios; pero aun no era lo que él deseaba, porque se sentia nacido para la música, y necesitaba estudiarla, lo que logró al lado de diferentes profesores.

Se hizo conducir á los teatros para oír la música clásica de diferentes óperas, é impresionado con las mismas su incomparable aplicación y paciencia superó las dificultades artísticas de las obras de los primeros genios. Desde entonces Picco abandonó los aires populares, dedicándose únicamente á las piezas mas complicadas de estas óperas, y modulándolas con variaciones improvisadas de una manera asombrosa, sorprendia á cuantos le escuchaban. La perseverancia de Picco era extraordinaria, y todas sus ideas estaban reconcentradas en un objeto solo. Su habilidad para producir con un silbato tan comun, todo lo que el instrumento mas perfecto puede producir, le hizo adquirir justa celebridad ante el público, de manera que el director del teatro de la Escala de Milan, despues de haberle oído, le escribió para dicho teatro en enero del año 53, donde este ciego Orfeo hizo su *debut* como concertista, delante de un público tan inteligente, el cual, sorprendido al ver tanta maravilla, le aplaudió con entusiasmo; de manera que Picco fue obligado á repetir sus piezas por tercera vez.

De Milan viajó por las principales capitales de Italia, donde produjo gran sensacion por su talento musical, y por su fabulosa habilidad para manejar tan tosco y desconocido instrumento. Llegado á Roma en el mismo año, y despues de varios conciertos dados con éxito completo, la congregación y academia de los profesores, convidaron á Picco para ser examinado teórica y prácticamente. Cada profesor tocaba una pieza sobre su propio instrumento, y Picco inmediatamente despues, no solamente tocaba la misma pieza que acababa de conocer en aquel momento, sino que le daba mas importancia con sus difíciles variaciones, improvisadas con tal precision, que quedaban los profesores completamente asombrados. El resultado fue que estos señores le eligieron unánimemente miembro de la academia romana de Santa Cecilia, dándole el grado de profesor de *Tibia-pastoral* (silbato) presentándole el diploma con fecha 7 de agosto del 53.

De Roma, el profesor Picco, pasó á Inglaterra, donde despertó igual entusiasmo, hasta el extremo de que todos los periódicos se ocuparon de él, llamándole *el milagro del siglo*; *el nom-plus-ultra*; *el prodigio y curiosidad fisiológica*, añadiendo que su instrumento era un aborto de invencion.

Viajó el año 1856 hasta 1860 por todo el

reino unido de la gran Bretaña, y se puede decir que su viaje fue una ovacion continua.

En el año 60 llegó á París, donde produjo la misma admiración y entusiasmo que produjera en Italia é Inglaterra, logrando una condecoración y gran medalla del colegio imperial. Allí sufrió un nuevo examen en la academia del conservatorio de París, delante de todos los primeros profesores, presidida por el celebre maestro Aubert; éste y todos los espectadores, maravillados y conmovidos, prodigaron á Picco los elogios mas distinguidos, y lo mismo hizo la prensa Parisien.

España, no queriendo ser la última en aplaudir las notabilidades del siglo, buscó á Picco inmediatamente para escriturarle en los teatros de la corte. En ellos recibió otra ovacion hace dos años, y los encomios mas espontáneos y unánimes de la prensa en general.

¡HASTIO!

Llegué á la edad en que comienza el hombre
A sentir y pensar; mas ya cansado
De pensar y sentir inútilmente,
Apenas el camino principiado,
Trocar quisiera el malestar presente
Por el perdido bienestar pasado.

Los sueños de ventura
Que hasta la inmensa altura
Del cielo de la dicha me elevaron,
La gloria me pintaron;
¡La gloria del amor embellecida!
¡Un mundo de esperanzas me mintieron!...
Pero raudos pasaron,
Como nube del ábrego impelida...
¡Sombras fugaces de mi vida fueron!!!
Sentí y al par gocé mi pensamiento
En su cénit brillaba;
Y en las alas del viento
A la region del éter se lanzaba;
Lleno de fuego, en su altivez cruzaba
¡La espléndida estension de su elemento!...

¡Campos cubiertos de pintadas flores,
Horizontes sin fin, luz, armonía,
Vida, ilusion, amores;
Todo de mi exaltada fantasía
Brotaba sin cesar, todo encantado;
Halagador, risueño;
Para gozar formado,
Para gozar de la ficcion del sueño!...

Virgenes de ondulante cabellera,
De tallo esbelto y de mirar ardiente,
La ilusion hechicera
De mi abrasada mente
A su vez amorosas completaron...
¿Qué me resta al presente?...
¡El recuerdo cruel del bien perdido!...
¡Un volcan en mi frente!...
Y un corazon del desengaño herido!!!

Cuando recuerdo con dolor y en calma
Los goces que á mi infancia sucedieron,
Perdidos por mi mal, siento en el alma
Un inmenso vacío:
¡Sombras fugaces de mi vida fueron
Los sueños ¡ay! del pensamiento mio!

¡Hoy es todo tristura!
El pájaro no trina en la enramada,
Ni la fuente murmura,
Con música á mi oído regalada;
El campo de mi vida sin verdura
Hallo, y de amor escuelo;
Y la ilusion en tanto,
Muéstrame en pos de su pasado encanto,
La triste realidad, en esqueleto!!!

¡Marchitas ya las flores
Que perfumaron el jardin del alma,
En no remoto dia;
Estériles encuentro los amores,
La luz opaca y la existencia fria!!

La nieve sobre los alzados montes,
El sol las olas de la mar no argenta,



Enrique IV.

Y en remolinos que la dicha ahuyenta,
Se agrupan á cubrir los horizontes
Las nubes que descargan la tormenta.

El lampo del dolor brilla en mi frente,
Por eso antes de tiempo está rugada,
Y aquellos goces de la edad pasada,
Trocar quisiera por la edad presente,

Cautivo y amarrado,
Al yugo inexorable de la suerte,
El camino apartado
Cruzo de mi vivir, triste y aislado:
¡Aislado y triste me hallará la muerte!!

Que la dicha perdida,
Es árbol que deshoja un viento frío...
¡La tumba es el arcano de la vida!...
¡La tumba de mi vida es el hastío!!!

AURELIANO RUIZ.

BIBLIOGRAFÍA.

LA VUELTA AL MUNDO,

viajes interesantes y novísimos por todos los países, escritos por los mas célebres viajeros modernos, con grabados por los mejores artistas.

Una de las lecturas mas instructivas y al mismo tiempo mas amenas y deleitables es la de las relaciones de viajes; y cuando están escritas por personas dotadas de fuerza de obser-

vacion, de conocimientos y de gusto, no hay quien no prefiera una de estas relaciones á cualquiera otro libro de recreo, sobre todo si á los atractivos del original se unen los de las láminas y grabados con el auxiliar poderoso de la fotografía.

Una de estas obras es la que ofrecemos hoy al público con el título de LA VUELTA AL MUNDO, obra de lo mejor que se ha publicado en su clase, descripcion de países poco conocidos, de costumbres aun ignoradas por muchos, y todo realizado con vistas, grabados, cuadros de costumbres, paisajes y edificios sacados de fotografía por los mismos artistas viajeros. Una vez cogido en la mano un libro de esta clase, el lector no le suelta hasta haberle recorrido todo. Tal es el interés que halla en sus páginas, donde con vivos colores se pintan los hábitos, religion, estado social, costumbres de pueblos, entre los cuales no ha penetrado aun sino á duras penas la antorcha del Cristianismo.

Primer viaje.—Ha dado principio esta obra con dos viajes á cual mas interesantes. Es el primero el *Viaje por los reinos de Siam, Camboja, Laos y otras partes centrales de la Indo-China*, por E. Muhot, naturalista francés. En él, al interés que escita la narracion relativa á un país donde es tan escaso el número de viajeros europeos que han penetrado, se une el atractivo de ser el narrador un hombre científico, y por consiguiente dotado de los conocimientos necesarios para dar, como

ha dado, á su obra la amenidad y la utilidad que la distinguen. Los grabados que la adornan, y que representan paisajes, retratos, armas, trages, monedas, edificios, están en su mayor parte sacados de fotografía, con una verdad de detalles sorprendente; y tanto el arquitecto como el dibujante y el paisajista pueden encontrar en ellos ideas que desenvolver y aprovechar, mientras al etnógrafo, al arqueólogo, al numismático, al naturalista y aun al simple curioso, suministran noticias útiles, nuevas ó deleitables.

Segundo viaje.—El viaje que sigue al de Siam es tambien de una novedad y de un interés grandísimos. Refiérese á la visita hecha hace dos años al rey de Dahomey, uno de los reyes cazadores de esclavos de esa costa de Africa, que en frente de nuestras islas de Fernando Pó y Annobon ha sido el constante mercado donde se han provisto los tratantes de carne humana. Las instituciones singulares de este reino, la ferocidad de sus costumbres públicas, los cruentos sacrificios humanos que en él se verifican, la organizacion de su ejército, compuesto en mucha parte de amazonas, la máquina de su gobierno, los resortes de la política negra, todo hace interesantísimo y altamente dramático el cuadro que la narracion presenta.

Los demás viajes ofrecerán sin duda el mismo atractivo, como no tardarán en ver nuestros suscritores.

PARTE MATERIAL.

Grabados.—Los grabados de LA VUELTA AL MUNDO, ejecutados por los mas célebres artistas de Europa, son de lo mejor que se ha visto desde que se inventó el arte del grabado. Invitamos á todos á que los examinen, y no dudamos que aun los que no sean inteligentes en el arte, convendrán en esto con nosotros.

Papel.—El papel que empleamos en esta obra es superior y bien satinado.

Estampacion.—La estampacion se hace con un esmero tal, que nada deja que desear; de suerte, que tanto la letra como los grabados llaman la atencion por su hermosura, realizada como está por la buena calidad del papel.

PRECIO.

Para fijar el precio de suscripcion hemos tenido presente el principio general de la baratura á que se han sujetado siempre las obras de este establecimiento. Asi es que LA VUELTA AL MUNDO solo cuesta á diez cuartos la entrega en toda España, cantidad escesivamente módica, atendidos el mérito de la obra, sus buenas calidades materiales, y la profusion de bellísimos grabados que la enriquece.

Se han remitido primeras entregas á todos los puntos de suscripcion, tanto para muestra, como para que puedan recogerlas los que deseen suscribirse.

Las entregas sucesivas serán remitidas tan luego como tengamos el aviso de haberse recogido la primera.

EPÍGRAMA.

Viendo Barrera y Carranza
Hacer á la actriz Clotilde
Un papel de niña amable,
Honesta, humilde y sensible;
Entusiasmado el segundo
A su compañero dice:
—¿Qué te parece, Barrera?
—¡Encantadora, sublime!
¡Con qué propiedad declama!
¡Qué bien está! qué bien finge!

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero, y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y América, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.